

Novelas familiares por Margarita Saona. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2004

Autor:
Dominguez, Nora

Revista
Mora

2005, N° 11, pp. 223-225



Reseña

SAONA, Margarita.
Novelas familiares. Figuraciones de la nación en la novela latinoamericana contemporánea. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2004, 270 págs.

La familia en tanto orden social y cultural contiene, incuba, despliega y también transforma, oculta o silencia varios relatos. Los mecanismos que ella pone en funcionamiento son múltiples; las versiones narrativas que se movilizan, infinitas. Si relato y familia arman un *tándem* de efectos regulares que opera como una máquina productora de sentidos, cuando se empalman con las representaciones de la nación (sus sujetos, espacios, lenguas y temporalidades) pueden conformar un dispositivo de lectura que, inscripto en el campo de la crítica literaria y cultural, desafía los ordenamientos críticos más tradicionales de indagación, afincados generalmente en escuelas, periodos, textos o autores. La dirección interpretativa que se pone en escena en *Novelas familiares. Figuraciones de la nación en la novela latinoamericana contemporánea* articula de manera seria y productiva los campos disciplinares de los estudios culturales, la teoría de género y la crítica literaria latinoamericana. Así

este trabajo explora las modalidades de las figuraciones familiares y nacionales en novelas latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX pero fundamentalmente la pregunta que guía el orden de los capítulos y sus problemas teóricos acecha sobre una recurrencia de esta cultura: por qué durante este siglo se sigue imaginando a la nación a través de la familia, cómo se contruyen esas familias y "qué revela eso sobre los procesos sociales y literarios de América Latina."

El material abordado en cada uno de los capítulos se organiza a partir del tipo de familia que privilegia cada novela para su ficcionalización. De esta manera se examinan tanto textos de autores canónicos como *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, *Rayuela* de Julio Cortázar o *El obscuro pájaro de la noche* de José Donoso y otros de escritoras de singular y diversa importancia. En este sentido, el texto de García Márquez es confrontado con *La casa de los espíritus* de Isabel Allende, o los libros de Cristina Peri Rossi, producidos en su etapa previa al exilio, son analizados en función de las relaciones entre la casa familiar, la acción de las generaciones y la lucha revolucionaria de los sesenta. El último capítulo,

centrado en narraciones de los años noventa, se ocupa de *El Dock* (1993) de Matilde Sánchez, *Los vigilantes* (1993) de Diamela Eltit y *Cielos de la tierra* (1997) de la mexicana Carmen Boullosa. En ellas el vínculo materno-filial resulta sitio de conflictos y de amenazas para el orden político y social.

Las operaciones críticas desplegadas por Saona privilegian el análisis textual más que las explicaciones teóricas aunque logra un eficaz juego interpretativo entre unos y otras. Esto favorece el seguimiento de líneas de sentidos que hacen hablar a los textos en diferentes sintonías. El análisis de *Cien años de soledad* se propone revelar cómo los principios de los Buendía están más atados al orden familiar que al nacional, cómo la violen-



cia del exterior marca de manera absoluta la genealogía estableciendo una y otra vez la endogamia, cómo la comunidad termina también identificada con la familia de manera que los diferentes niveles de lectura constituyen a esos espacios como sitios de determinación de los sujetos con respecto a la historia nacional. La familia se vuelve omnipresente y sobreimpone sus sentidos y su funcionamiento a las otras instituciones. Sus límites se asimilan entonces a los límites de la historia y se encarnan textualmente en la figura del árbol, imagen privilegiada de la genealogía. Dice Saona: "El árbol, la casa, la familia, representan una unidad absoluta de articulación, se presentan como un destino ineludible, con un magnetismo que termina por generar el incesto." La novela, por otra parte, sostiene la diferenciación jerárquica de la dicotomía de los sexos y ordena según estas jerarquías las líneas de descendencia. Lo femenino y lo masculino, además son la base de funciones narrativas delimitadas. El rol de los hombres como fundadores de ciudades y héroes de guerra que va junto a la idea de las mujeres como engendradoras de la especie parece ser algo más que un modo de organización narrativa. Saona acude a

declaraciones de García Márquez para dar cuenta de una ideología de autor que se verifica también en las entrevistas que el escritor ha ofrecido. Y también de una ideología de escritura que percibe que esos valores son parte de la realidad latinoamericana. Una concepción literaria que es similar a la sostenida por Isabel Allende, quien también encuentra en el universo familiar el sitio donde situar e indagar los sentidos sobre la nación. Si en García Márquez son los personajes masculinos los que actúan, interpretan y explican el mundo, en *La casa de los espíritus*, el sujeto que reconstruye la historia es una mujer. La decisión narrativa no implica una transformación positiva en relación con el lugar otorgado a lo femenino, sino que por el contrario, resulta una nueva afirmación del vínculo de las mujeres con la memoria, la sensibilidad y la intuición. Las mujeres son centro de la acción pero para revertir finalmente en una potencialidad que sigue poniendo al linaje como factor estructurante del lugar del sujeto, sólo que se acepta el valor de la herencia femenina en esa construcción.

En el capítulo que sigue Saona reflexiona sobre el lugar conflictivo que ocupa lo familiar en *El obscuro pájaro de la noche* en tanto

la novela desbarata, altera y socava los vínculos genealógicos y coloca a los sujetos en espacios de marginalidad desde los cuales toda certeza sobre la familia, la nación o las subjetividades se resquebraja y destruye. Este lugar de irrisión que abarca a personajes, voces, clases y géneros afecta también al espacio literario estableciendo a la misma narración como el lugar de una inscripción siempre en estado de quiebre y ruptura. Otro de los temas que la crítica aborda en cada uno de los análisis son las representaciones del escritor o del intelectual que son además vinculados con las posiciones de los escritores en el campo cultural. Si la novela de Donoso parece obsesionada por el lugar de estas figuras dentro del espacio nacional y sus vínculos absolutamente resquebrajados con lo familiar, la novela de Cortázar se vale de una galería de personajes y voces que construyen sus identidades muy lejos de los lazos familiares. Estos vínculos son denostados en un nivel, pero su fuerza simbólica parece sostenerse en el empeño por construir grupos de pertenencia que se arman como familias alternativas pero que, sin embargo, van inscribiendo un desplazamiento con respecto al espacio nacional.



El carácter canónico de los textos analizados da pie para que Saona incluya en cada capítulo discusiones con los críticos que formularon lecturas fundantes de esas novelas. Los coloca de esta manera en una tradición de lecturas al mismo tiempo que las pone en relación con sus contextos históricos de emergencia y con las representaciones de la historia que sus ficciones presentifican. El escritor o la escritora ocupa un lugar central en su reflexión como sitio de elaboración de ideologías narrativas, políticas, nacionales y de género. Por ejemplo, cuando analiza a Cristina Peri Rossi se detiene en sus primeros libros, principalmente en *El libro de mis primos* (1969) para verificar cómo la descomposición de la nación y la familia se imbrican en el contexto de los años sesenta y muestran el enfrentamiento entre un orden burgués, tradicional y jerárquico y la emergencia al interior del mismo de figuras que conmueven radicalmente su estructura. La aparición del guerrillero que aporta la idea de revolución se refuerza con aquella que sostiene la revolución en el arte. Para Saona que lee esta novela en diálogo con un artículo del Che Guevara, "El socialismo y el hombre en Cuba", Peri Rossi percibe la articulación necesaria

de la época entre liberación familiar, revolución política y revolución poética para la construcción del hombre nuevo y de su utopía. Una utopía que lleva marcas de clase y de género.

En el último capítulo, las novelas de Sánchez, Eltit y Boulosa muestran el mundo familiar como un espacio devastado por el orden social y político y especialmente por el efecto de las políticas neoliberales como consecuencia de los estados autoritarios. Dice Saona: "La novela familiar de fin de siglo se aleja del orden paterno que configuraba a la nación y ésta aparece ahora como un vacío o como una amenaza y la imagen que la invoca y cuestiona es la de una maternidad que se cuestiona a sí misma." Esta investigación no elige para considerar el orden ficcional mate, no textos que trabajen con representaciones realistas o que invoquen la maternidad en términos esenciales. Por el contrario, Saona examina textos resistentes a las lecturas esquemáticas, escrituras que desacomodan los hábitos de percepción. Así, *El Dock* trabaja en los bordes de la nación, construye una familia "frágil y artificial", una "familia paródica" que cuestiona tanto la construcción de la familia moderna como la idea de que ella se revela

como una continuación de la nación. El intercambio de relatos y versiones entre la madre y el hijo pluraliza y politiza estas posiciones familiares y narrativas y constituye entre ambos un terreno que se va poblando de relatos a lo largo de la novela. En cambio, en *Los vigilantes*, el horror del afuera acecha tal vez con mayor insistencia y hostigamiento sobre la pareja materno-filial; las operaciones del encierro y la vigilancia se intensifican de tal manera que los personajes de la madre y el hijo quedan en una indefensión máxima perseguidos por el padre y por las leyes del estado. La relación se transforma en un acoplamiento de voces y sujetos en estado de descomposición donde la marginalidad se reviste de locura y paranoia pero a través de las cuales se impugna el orden imperante. Así, "la escritura materna que empieza como una forma de autoafirmación y como un medio para argumentar la propia inocencia frente a las acusaciones, termina por convertirse en una salida estética y un abandono de la racionalidad, que parece ser la única manera de escapar de las vigilancias del sistema." La novela de Boulosa también niega la posibilidad de construcción de una novela familiar nacional y apuesta, como los otros textos, a

hacer de la ficción un lugar donde leer cómo el malestar de la cultura se dispone sobre las mujeres o cómo las mujeres escritoras pueden dar forma literaria y cultural a las marcas de ese malestar.

Nora Domínguez

